

SUPERVIVENCIA DE LA CULTURA CLÁSICA EN LOS ESCRITOS BERNARDIANOS

ANTONIO YELO TEMPLADO
Universidad de Murcia

En el proceso romano de helenización tiene importancia primordial el mundo de la literatura, como expresión viva y depositaria privilegiada de cuanto se puede entender por cultura clásica. Las llamadas edad de oro y de plata del clasicismo romano abarcan no sólo el fenómeno de la latinidad, sino hasta las más diversas manifestaciones culturales y hasta políticas, sociales y económicas.

Como anotación preliminar a este estudio, que versa sobre una de las manifestaciones de la latinidad en la época románica, es preciso referirse a la llamada latinidad de decadencia. No puede aplicarse este apelativo de decadencia tanto a los autores de los primeros siglos de nuestra Era, como a otros más distanciados en el tiempo, sin las debidas matizaciones. Bastaría presentar, por ejemplo, a un Quintiliano (42-117 d. C.), el retórico hispanorromano, cuyas *Institutiones Oratoriae* no desmerecen en corrección y elegancia de ninguna otra relevante obra clásica. Y lo mismo a su compatriota Prudencio (384-405 d. C.), cuyos poemas representan la más selecta y depurada latinidad, así como a Lactancio (ss. III-IV d. C.), que por la pureza y perfección de su estilo mereció de los humanistas del Renacimiento el apelativo de "Cicerón cristiano". La misma grave majestad de la lengua latina, que tanto se admira en los escritos ciceronianos, volvería a escucharse de nuevo en los del papa romano León I (+461). No son justas, pues, las notas de provincialismo y de influencia cristiana que se han apuntado como causas de la decadencia de la latinidad.

Respecto a la denominada Edad Media, con marcada intención de señalar oscuro vacío entre clasicismo y renacimiento, no hay que olvidar que entre las sombras de esta considerada latinidad bárbara fueron los monjes los que brindaron amistoso albergue a los antiguos clásicos, preparando así el posterior Renacimiento. Era en el siglo X cuando Hrovsvita, la monja de Gandersheim, escribía comedias que imitaban a Terencio y brillaba un Bernardo de Claraval (1090-1153), tan alejado en el tiempo de los grandes clásicos, pero admirado por un juez tan exigente en la materia como Erasmo de Rotterdam.

El cultivo de los valores clásicos era pan cotidiano en el mundo monástico, sobre todo desde que Casiodoro o Carlomagno hubieran ordenado su estudio para formarse en el arte de

la palabra. Para abades como Servacio Lupo de Fulda (s. IX) o Gerberto de Bobbio (s. X) la verdadera patria espiritual era, en el fondo, Roma y la cultura latina. Bien es verdad que muchos monjes llegaron a empaparse de paganismo y por eso se les recriminaba: las odas de Horacio y las comedias de Terencio, ¿qué son sino incitaciones a la lascivia?, ¿qué es la brillante historia de Roma más que insaciabilidad, ambición y violencia? En la misma época de Bernardo se oían contar anécdotas de moniciones en sueños a los amantes del clasicismo para que se apartasen del peligroso coqueteo con la religión pagana. Bernardo mismo propugnaba como norma de vida el destierro de todo lo que significase superfluidad. De aquí precisamente la admiración que ha suscitado en ver aflorar en tal hombre inesperadamente una galería de muestras del pasado clásico, elenco de autores modesto cuantitativamente respecto a su ingente producción literaria, pero estéticamente selecto como signo de delicada apreciación.

¿Era previsible que al internarse en el misterio de la grandeza divina (*SCant* 80 7) ¹ recurriese a Tibulo (*Eleg.* I 7 62) “Securus et libens pergo inoffenso pede...”? ¿O que para comentar “basta una palabra tuya y mi criado curará” de *Mt.* 8 8 (*NatJB* 12) rememore a Terencio (*Formión* 300) “Quid enim facilius dictu?”. En su tratado *Del Precepto y la Dispensa* 43 diserta sobre leyes civiles que, al quebrantarlas, se contrae culpa, pero que el observarlas no proporciona merecimiento alguno, lo que ejemplifica con el dicho horaciano (*Epist.* I XVI 46) “non feci furtum, non pasces in cruce corvos”.

ACERVO CULTURAL BERNARDIANO

La herencia del pasado y el espíritu de la época son “las dos fuerzas que movilizan y modelan con más hondo vigor la personalidad humana... De estas dos fuerzas dependen los seres humanos, los del montón, porque las obedecen pasivamente, y los genios, porque las superan o intentan superarlas...” ². No le ha faltado ni intuición ni razón a Dom J. Leclercq para hablar del “misterio San Bernardo”.

Apenas se sabe nada de los estudios que pudieron preparar a este hombre para el acervo cultural, de que demuestra estar enriquecido. En su siglo solamente la élite de la nobleza podía tener acceso a la cultura; pero él ni siquiera siguió como sus hermanos la carrera de las armas ni tampoco ninguna otra eclesiástica ni civil. Por aquel tiempo se gestaba lo que después se conocería como “escolástica”, pero las cualidades de Bernardo estaban más orientadas a la literatura que a la dialéctica. En sus polémicas con los estudiosos más célebres de su siglo demostró estar ajeno a lo que se consideraba como disciplina de escuela.

Si algo destaca en su obra literaria, con evidente y total predominio, es el denso y continuo tejido de textos bíblicos interpretados según la mejor tradición patristica, en la que estaba sumamente enraizado. Sin embargo, él no es un exegeta técnico y su modo de asimilar y expresar resulta muy propio y original. Lo que sí es cierto es que su labor literaria llena inopinadamente una parte importante de la vida del que fue “quimera de su siglo” y “apóstol de Europa”. Desde luego manifiesta conocer y haber asimilado una tradición humanista y literaria muy completa. Esto lo demuestra su mágico dominio de la lengua ciceroniana y la

¹ *Obras Completas de San Bernardo* 9 t. Madrid 1983-88. Siglas usadas: *SCant...* *Serm. Cantar de los Cantares.* *NatJB...* *Natividad Juan Baut. PP...* *Serm. SS. Pedro y Pablo. Var...* *Serm. Varios. Ram...* *Domingo Ramos. OAsun...* *Octava Asunc. Re...* *Resurrec. del Señor. Cons...* *De Consideratione. Pr...* *Del Precepto y la Dispensa. SXC...* *Serm. salmo 90.*

² PASCUAL, F.R. DE. *Obras Compl.* t. I, “Perfil Biográfico”, pp. 125-126.

familiaridad, que deja traslucir en sus breves referencias, con los más selectos autores del mundo clásico.

HEREDERO DE LA ANTIGÜEDAD

Así definió a Bernardo elegantemente Mabillon: “Ultimus inter Patres, certe primis non impar”, a más de cuatro siglos de distancia de sus últimos representantes.

Un factor decisivo para la recepción de la cultura clásica en el naciente cristianismo fue la escuela cristiana de Alejandría, y a este cometido atendió la ingente obra de Orígenes. Bernardo se muestra fiel pedisecuo del gran alejandrino en su *Comentario al Cantar de los Cantares*, sirviéndose de la traducción del *Comentario* origeniano de Rufino de Aquileya, aunque era de esperar de su adhesión incondicional a la tradición que se hiciera eco de la reacción antiorigeniana en dos pasajes de su comentario (*SCant* 54,3 y 75,5). A Bernardo le cupo el inmenso honor de heredar el sobrenombre de Orígenes, “Doctor Mellifluus”.

Nueve siglos después del sabio alejandrino y ya en medio del mundo plenamente cristiano del Medioevo, Bernardo no sentía la urgencia de integrar en el cristianismo los valores del mundo clásico pagano. El recurso continuo de Clemente de Alejandría en su *Pedagogo* a Platón no era preciso en las nuevas circunstancias. Dentro de la ascética monástica y en el marco de unas exhortaciones de cometido sobrenatural no resultaría adecuada una cierta profusión del acervo clásico. Lo apuntaba en uno de sus sermones sobre Pedro y Pablo: “Docuerunt nos vivere... non Platonem legere, non Aristotelis versutias inversare, non semper discere et nunquam ad veritatis scientiam pervenire” (*PP* I 3). Con razón apostrofaba a Abelardo: “O alterum Aristotelem!” (*Episto.* CXC 5). Pero sí recogía del estagirita el célebre apotegma, ya traducido al latín, “Ne quid nimis” (*Rhetorica* II 12) (*Cons* I 9).

En parte, la mención de autores clásicos por Bernardo podría suponerse motivada por una larga tradición cristiana del uso común de colecciones de apotegmas moralizantes extraídos de los viejos autores paganos, que en forma de epítomes estarían al alcance de la mediana erudición, sin que ello supusiera un contacto directo con los clásicos. Así se cumplía la prescripción de Cristo “colligite fragmenta ne pereant”, utilizando elementos válidos de la sabiduría pagana. Se hizo famosa una de estas colecciones, titulada *Sententiae*, resto conservado de la obra del poeta mímico Publio Siro (s. I a. C.), contemporáneo de Julio César, actor cómico e improvisador. A una de estas sentencias, muy ricas en máximas de sana moral, hizo referencia Bernardo (*Var* 40 8): “Qui cum emendare possit et negligit, partem se procul dubio delicti constituit”, paráfrasis del “Socius fit culpae, qui nocentem sublevat” (Publio Siro *S* 35). El mismo carácter sentencial puede atribuirse a la frase inmortal del más ilustre de los clásicos romanos (Cicerón, *Orator* X 33), que Bernardo introduce en el corazón mismo del misterio redondor (*Ram* I 2): “... nihil difficile amanti...” Lo mismo cabe suponer de otras frases felices, que fácilmente vuelan a su pluma (*OAsun* II y *Var* 14 3), el “trahit sua quemque voluptas” virgiliano (*Buc.* II 65) con el de Juvenal (*Sat.* VI 223) “... pro ratione voluntas” para fustigar la concupiscencia egoísta del avaro con el dinero o el ambicioso de gloria. Así también el “volat irrevocabile verbum” de Horacio (*Epist.* I XVIII 71) sobre el hablar irreflexivo e hiriente (*Re* II 9).

Las fórmulas de referencia a autores del viejo paganismo dentro de una literatura cristiana y exclusivamente dedicada a temas ajenos a todo asunto profano exigían, sin duda, un tratamiento peculiar. A veces las citaciones, literales o “ad sensum”, quedan implícitas. Frecuentemente utiliza el recurso “ait ille”, “dixit quidam”, “ut aiunt” o “iuxta illud”. También

por un apelativo puede adivinarse el autor: “iuxta illud philosophi” para Aristóteles, “iuxta comicum” para Terencio o “satyricum” para Persio y poeta Ovidio. Únicamente para este último, como muestra de preferencia, añade un elogio, “pulchre et eleganter”. Ante su condición de paganos aparenta guardar las debidas distancias: “apud gentilem” para referirse a Horacio o “gentilis ille poeta” a Ovidio.

Merece ser resaltado un pasaje, en el que se vislumbra un sentimiento incontenible de respeto y veneración en una visión retrospectiva de la Antigüedad. Bernardo se inclina ante la famosa sentencia del Oráculo Delfico “Nosce teipsum, homo”, para proclamar con toda solemnidad:

“De caelo cecidit ista sententia” (*Var* 40 3).

EL LENGUAJE, EXPRESIÓN DE VIDA

Desde su ingreso en el ambiente monástico a los veintidós años la norma del silencio restaría no poco espacio al uso de su lengua coloquial. Por tanto, si se consideran solamente los dieciocho años en los que Bernardo se aplicó de modo paulatino a componer, corregir y pulir sus ochenta y seis sermones de comentario al *Cantar de los Cantares*, se comprobará que el uso de la lengua latina se había hecho en la vida del monje borgoñón una especie de quimera de su vida. Podría haber respecto al latín bernardiano, como al agustiniano, una acusación de abuso de figuras verbales o entidades lingüísticas al borde de una prodigalidad nada clásica ciertamente, convirtiendo la elaboración del lenguaje en diletante juego; pero nada queda más lejos de estas personalidades señeras, que no hicieron más que infundir en la lengua la penetración de su gigante ingenio y prestarla como sublime instrumento creador de belleza.

En Bernardo el lenguaje latino se transforma en cascada de símbolos sonoros, metáforas auditivas con paralelismos, anáforas o paradojas³ transmisoras de la irrupción de vitalidad y poesía incontenibles. Puede decirse que con Bernardo el latín alcanza una de sus cimas como lengua capaz de expresar lo más hermoso y elevado que cabe en el corazón del hombre. Valga una muestra bernardiana, preferida por el que suscribe, para expresar el anhelo de una felicidad interminable: “... o vernalis temperies, o aestiva venustas, o autumnalis ubertas, et, ne quid videar praeteriisse, o quies et feriatio hiemalis!” (*SCant* XXXIII 4).

A través de su obra literaria es difícil no ver en Bernardo un excelso cultivador de la lengua latina con un conocimiento tan amplio de la misma que sería inexplicable sin un manejo largo tiempo practicado de las fuentes clásicas⁴.

El vitalismo es la característica que resalta en la vena bernardiana, dinamizando su persona en busca siempre de experiencias nuevas, reasumiendo y consumiendo cuanto signifique vivir, amar, sufrir. Esto explica su inclinación natural a Ovidio y lo mismo a Terencio, Juvenal, Persio, Tibulo. En la Edad Media habían circulado con el nombre de Ovidio algunas composiciones erótico-obsenas, así como elegíacas, que imitaban más o menos felizmente el estilo del autor. Se sabe que su inmoralidad fue una de las causas por las que fue condenado por Augusto a su destierro del Ponto. No obstante, la nota tierna y

³ TORRE, J. DE LA. *Obras Compl.* t. V, “Experiencia cristiana y expresión estética...”, pp. 38-75.

⁴ GELLINCK, J., *L'essor de la littérature au XIIe siècle*, Bruselas-Paris, 1946. NEGRI, L., “Appunti sulla personalità letteraria di S. Bernardo”, *Humanitas* 9 (1956), pp. 625-637. VALLÉY-RADOT, I., “L'écrivain, l'humaniste” en *Bernard de Clairvaux* (Aiguebelle 1953), pp. 447-485. LECLERCQ, J., “L'humanisme littéraire de S. Bernard”, en *Entretiens sur la renaissance du XIIe siècle*, (Paris, 1968), pp. 295-308.

sentimental de Ovidio, así como su exhuberante imaginación y profusión de estilo debieron incidir en el temperamento bernardiano. Como él, Bernardo en su estilo no se sometió a leyes restrictivas, aun con el perjuicio del equilibrio clásico. Si Tibulo se abandona a una melancolía dulce con el recuerdo de la muerte y con los sueños de una felicidad imposible, en Terencio late una especial penetración psicológica y delicados sentimientos. Persio y Juvenal son fogosos satíricos con una gran preocupación moral, sincera dentro de su intrincada oscuridad el primero y de brillante imaginación y vigor de sentimiento el segundo. Algunos eran de procedencia esclavista y todos fueron probados por los avatares de la vida.

Ante todo conviene advertir que la presencia de los clásicos en la obra bernardiana simplemente se intuye a través de sus afloraciones esporádicas y ocasionales; lo contrario sería extorsionar la misma esencia de la composición literaria, como también obtendría el mismo resultado todo lo que significara disgresión o fanfarronada erudita. Una muestra de propiedad y oportunidad la ofrecen estas referencias de la *Metamorfosis* de Ovidio (I 84-86; VIII 677-678; IV 428): la primera con un sentido obvio de que los animales miran al suelo, mientras que el hombre mira al cielo (*Var C*), "... pronaque cum spectent animalia cetera terram, — os homini sublime dedit caelumque videre — iussit et erectos ad sidera tollere vultus..."; la segunda contiene una rica aplicación para indicar la expresión placentera del que obedece con alegría y que también Dios ama al que da con alegría: "Serenitas in vultu, dulcedo in sermonibus multum colorant obedientiam obsequentis. Unde et gentilis ille poeta ait: «Super omnia vultus accedere boni»" (*Var* 41 6). Y también: "Adverte qualis color tristitiae seu invidiae sit, qui Dei a se avertit aspectus. Pulchre et eleganter in colorando beneficio candor iucunditatis laudatus est voce illa poetae: «Super omnia vultus accedere boni»" (*SCant* 71 3). Con una ingeniosa imagen apoya Bernardo la afirmación de que debajo de la dureza del esfuerzo se esconde la miel: las piedras se convierten en pan (*Mt.* 4,3). Esta alusión a la insinuación diabólica le recuerda (*Var* 97 2) la sentencia de Ovidio: "Fas est ab hoste doceri" (*Metam.* IV 428).

Siguiendo con la adecuación de sentencias clásicas, como ejemplo de extroversión (*OAsun* II) u obstinación (*SIXC* II 9) son expresivos los pasajes de Terencio (*Eunuchus* 105, *Andria* 310): "... qui, iuxta illud Comici, afluimus undique...", "Quidquid moneas, ait ille, ego quod possum possum, et non ultra quam possum. Tu si hic sis, aliter sentias". Como ejemplo del fatuo saber de cara a la publicidad, se ajustaba la mofa de Persio (*Sat.* I 27), que así recogía Bernardo (*SCant* 36 3): "Qui profecto non evadent subsannantem Satyricum et ei qui eiusmodi est decantantem: «Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter»". Ode obediencia difícil (*Pr* 32) con Ovidio (*Ars aman.* I 389): "Nunc autem, ut ait quidam, aut non tentasses, aut perforce".

ECO DE LOS ÚLTIMOS HISTORIADORES ROMANOS

Era el año 1149. Desde hacía seis años Roma era un hervidero de pasiones políticas. Los parientes del antipapa Anacleto se habían hecho portavoces políticos de los romanos que, fascinados por los recuerdos clásicos, suspiraban por hacer renacer de nuevo la antigua Roma republicana. Pretendían el restablecimiento del Senado, la supresión de la prefectura urbana y despojar al Papa de su poder temporal. En las monedas que se llegaron a acuñar aparecía el viejo S.P.Q.R. En esta crisis intervino Bernardo de Claraval, logrando asegurar en el solio pontificio al papa legítimo. El sucesor Eugenio III, antiguo alumno de Bernardo, pudo superar con habilidad la primera etapa de la crisis; pero de nuevo la revolución republicana se

encendió violentamente capitaneada por Arnaldo de Brescia, convirtiendo en doloroso calvario la vida del pontífice, que se redujo a un continuado destierro, del que sólo pudo verse libre en los últimos ocho meses de su vida con la intervención de Federico I Barbaroja. En estas circunstancias dirigió Bernardo a Eugenio III un largo escrito epistolar, el tratado *De Consideratione*.

En el libro IV se planteaba la cuestión del mundo próximo que rodeaba al Pontífice, abordando el tema del "Populus Romanus" de larga tradición clásica. Retóricos, historiadores, lo mismo que cómicos y poetas, que amaban a Roma con pasión, no pudieron evitar de lanzar las más duras invectivas contra este pueblo grande, pero también difícil. Como heredero de la Antigüedad, Bernardo también forma parte de la que puede catalogarse como antología acusatoria antirromana.

"Quid de populo loquar? Populus Romanus est... Quid tam notum saeculis quam protervia et cervicositas Romanorum? Gens insueta paci, tumultui assueta, gens immitis et intractabilis usque adhuc, subditi nescia, nisi cum non valet resistere" (*Cons* IV 2).

El "usque adhuc" hace arrastrar hasta los acontecimientos presentes lo que había sido la historia de siempre, evocada en el "tam notum saeculis". En el texto bernardiano resuenan irremediabilmente los apóstrofes de Agustín (*De Civitate Dei* I 30 y 31) y de Orosio (*Historias* VII 39 18; 37 17; 41 3,2 y I): pueblo corrompido por su ansia de dominio, por la ambición y la lujuria, ciudad soberbia, lasciva y blasfema, "ingrata Roma", que tanto hizo sufrir a los hispanos con sus matanzas y rapiñas. O la "romana vitiositas" de Salviano de Marsella (*De Gubernatione Dei* VI 46). Bernardo la denuesta con dos denominaciones agraviantes de uso en la baja latinidad: "protervia", del léxico de Ausonio (309-393), poeta y retor romano, prefecto de la Galia, con los significados de insolencia, arrogancia, desvergüenza, y "cervicositas" del poeta y panegirista Sidonio Apolinar (432-480), significando dureza, obstinación. No olvidaba tampoco una proverbial "Italica rapacitas" (*Cons* III 5), ya que "quando hactenus aurum Roma refudit?" (*Cons* III 13).

Se comprende que en aquellos momentos acudiesen a su pluma sentimientos de indignación y que un diagnóstico pesimista fuera la obligada misiva a su sufrido alumno. También entonces recurriría al tesoro amado de la cultura romana con las palabras de Ovidio (*Episto. ex Ponto* I 3,17): "Verum dixit quidam: «Non est in medico semper relevetur ut aeger»" (*Cons* IV 2).